

PALABRAS DEL DR. ALFONSO GARCIA ISAZA, PARA
INAUGURAR LA SALA DE MUSICA EN LA FACULTAD DE
DERECHO DURANTE LA SEMANA UNIVERSITARIA
BOLIVARIANA

Parecerá a no muy pocos extraño que en nuestra efemérides gloriosa estemos en esta tarde los estudiantes de jurisprudencia un poco del lado de la música. No hay que olvidar sin embargo que la Universidad surgió sobre un incomparable fondo musical. Mientras las naves del templo cristiano resonaban con la robusta voz del fraile medieval o bien la piedra cimera de la basílica se espiritualizaba aún más si cabe con los angelicales coros a capella, sobre códices y palinestros que muy cerca al santuario del Señor salvaba el convento del naufragio bárbaro, bullía incontenible la vida pensante que cimentó la cultura de Occidente. Así arte y pensamiento en la cultura cristiana también fraternizaron espontáneamente.

Sabemos cómo los estudios superiores comprendían a más de las ciencias exactas la música en ese maravilloso juego de número y armonía que era el cuadrivium con que remataba la preparación humanística. Fue este, pues, el principio de la Universidad; del studium generale como se decía entonces, pero que ya implicaba tal vez inconscientemente ese concepto ecuménico, pródigo y fecundo de Universidad: universidad con el sentido primitivo del colegio que acogía en un solo espíritu a propios y a extraños; Universidad fundamentalmente con la espléndida significación etimológica, con la transposición que le han dado más de ocho siglos de historia.

El concepto de Universidad nunca podrá esquematizarse rigurosamente, diríase que es una idea abierta a las inagotables y constantes incitaciones del espíritu y con ellas va-se enriqueciendo pero que a su vez la Universidad transforma en un nuevo potencial cultural cuanto por ella pasa. Por eso es creadora, por eso es providente, y más que estática, dinámica al transformar naturaleza y hombre en realidades del espíritu. Culminación del humanismo es por esencia la

Universidad y mayormente cuando ella se alimenta de Gracia y Libertad.

Las disciplinas estéticas, dígame lo que se quiera, son, descontando, claro está, los valores morales y religiosos, los más altos estímulos de la perfección humana. Su virtud formativa está fuera de duda. En los dominios científicos la mente humana no hace más que afinar su agudeza para ir descubriendo las propias e innatas leyes del cosmos por entre sus manifestaciones proteicas y valerse de ellas; en el raptó estético, en cambio, el ser humano se halla de repente transformado ante el misterio de la belleza que es otro rostro de la Divinidad. Es otra vía mística.

Pero si ésto se dice genéricamente de las artes, con mucha mayor razón lo podemos afirmar de la música. Baste recordar como ya Aristóteles en su sabiduría exaltaba contra el parecer de otros la virtud educadora del arte mélico. Si para Shakespeare estamos hechos de la tela del ensueño, es mucho más cierto que estamos fabricados de armonías. Todo es ritmo como si el Creador Universal hubiese impreso al ser una intensa ondulación armoniosa. En el insondable piélago de la vida vamos sobre alguna onda que se dilata acompasadamente con hálito de infinitud. Al fin de cuentas en el fondo de todo está el ritmo. Ritmo el ciclo vital, la ley cósmica; ritmo todo el arte y la historia. Llevamos dentro nuestra propia armonía hermana del canto universal de todas las cosas. Es el lenguaje que todo lo explica y todo lo dice cuando agotamos las vivencias más íntimas: la alegría desbordada, el arrobó del amor, la elación mística, la esplendidez de la gloria, los trenos del dolor, las exaltaciones de la ira.

La buena música, la música verdadera no es pues mero pasatiempo como algunos la consideran ni sólo admirable terapéutica. Es algo más, porque como todo arte, y éste en grado sumo, sobrepuja a las demás manifestaciones de la cultura como objeto inmediato de la intuición y de la espontaneidad creadora del espíritu.

La faena universitaria en los grandes centros de la cultura no se explica integralmente sin los núcleos del arte y es que el hombre sin estética queda reducido, como el hombre sin moral ni religión, a las más azarosas limitaciones de un primitivismo caótico. No es más que un expósito arrojado a las ingobernables fuerzas desatadas por la ciencia y la técnica gélidas.

Hace varios lustros la Pontificia Bolivariana fundó como centro de divulgación cultural y artística la emisora que ha desempeñado en la medida de sus posibilidades una eficiente misión estética mediante el inteligente esfuerzo y devota dedicación de sus directores. En nuestro medio caliginoso ella es admirable realización. Hoy nuestra Universidad nos entrega esta confortable sala de audición musical. Todo lo cual demuestra que no ha sido esquiva a los imprescindibles menesteres del arte. Dejaría de corresponder a su alto nombre pues no en valde es Universidad y es católica, dos términos que evocan la mayor significación ecuménica, la más completa órbita del espíritu.